

Francisco Esteban Bara

# La universidad light

Un análisis de nuestra formación universitaria



PAIDÓS Educación

**Francisco Esteban Bara**

# La universidad light

Un análisis de nuestra formación universitaria

**PAIDÓS Educación**

*1.ª edición, junio de 2019*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Francisco Esteban Bara, 2019

© de todas las ediciones en castellano,  
Editorial Planeta, S. A., 2019  
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona, España  
[www.paidos.com](http://www.paidos.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN 978-84-493-3601-0

Fotocomposición: Realización Planeta

Depósito legal: B. 11.346-2019

Impresión y encuadernación en Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

Impreso en España – *Printed in Spain*

# SUMARIO

Prólogo. Pensar como Genevieve Habert . . . . .	11
---	----

## Parte I

### LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA RECIENTE: UN POSIBLE DIAGNÓSTICO

1. ¿Cómo valorar la formación universitaria? Cicerón <i>versus</i> Henry Ford. . . . .	23
2. Adáptense y orientenme, todo al mismo tiempo. . . . .	33
3. La aciaga convivencia, la formación universitaria <i>light</i>	41

## Parte II

### SOBRE LA VIDA UNIVERSITARIA

4. El regalo de un intervalo . . . . .	51
5. «James, hágase usted digno de esto, mézcalo» . . . . .	59
6. El estruendoso mensaje en el gran silencio . . . . .	67
7. Perder el horizonte y acabar a dos mil cuatrocientos metros de altura . . . . .	75
8. Pasar el día de cualquier manera, por ejemplo, en pijama	85

Parte III  
SOBRE EL PROFESORADO UNIVERSITARIO

9. Enamorados de don Juan, don Juan el enamorado . . . .	95
10. De don Juan a Juan . . . . .	103
11. <i>Pourquoi</i> , ¡por saberlo! . . . . .	111
12. El caso de los S-80 Plus . . . . .	119
13. «¿Qué vengo a hacer aquí?» ¡Cuidado con aquello y adelante con lo otro! . . . . .	127

Parte IV  
SOBRE ESTUDIANTES

14. Las ocurrencias de Leila y la pista de Pedro Salinas . . .	137
15. Dejarse llevar por la formación universitaria . . . . .	145
16. La grandeza de no aportar nada de interés . . . . .	153
17. Buscadores de hábitos universitarios . . . . .	161
18. Legolas, ¿qué ven tus ojos de elfo? . . . . .	167

Parte V  
SOBRE LA PRÁCTICA EDUCATIVA UNIVERSITARIA

19. Paradojas del arte, discordancias de la formación universitaria . . . . .	177
20. Unidos por la calefacción, saludados en el <i>parking</i> . . . .	185
21. «Cien gaviotas» . . . . .	193
22. Beyoncé y el Sísifo de Albert Camus . . . . .	199
23. Platero, el jefe y la gran conversación . . . . .	207
Epílogo. Una manera de diagnosticar la formación universitaria <i>light</i> . . . . .	215
Notas . . . . .	225

---

## ¿Cómo valorar la formación universitaria? Cicerón *versus* Henry Ford

Se mire por donde se mire, resulta difícil saber si la formación universitaria de nuestros días es buena, mala o regular; incluso es delicado decir si es auténtica, algo parecido u otra cosa que no tiene nada que ver con ella. Este asunto exige una escrupulosa atención antes de emitir cualquier juicio de valor, antes de conducirlo hacia un lado u otro. En este asunto habría que andar con pies de plomo, es muy recomendable proceder tal y como hiciera Genevieve Habert ante *El barco* de Matisse: con muchísima calma y abundante criterio. Por ejemplo, hay que defender con una gran dosis de prudencia y sensatez que hoy en día merece la pena mantener en pie las clases magistrales. ¡Se vienen haciendo toda la vida!, bien; ¡son marca de la casa universitaria!, por supuesto; ¡es una manera de enseñar con la que quien más quien menos aprende algo!, sí, así es. Todo eso está muy bien, pero esos argumentos u otros similares ya no convencen a casi nadie, ¿o no es verdad que las cosas pueden ser modificadas si conviene?, ¿o no es cierto que hay que ir tras aquellas formas de enseñar con las que todos los que realmente quieren puedan aprender de la mejor manera posible? Claro está, también hay que actuar con criterio si lo que se pretende es borrar del mapa universitario esas clases. «¡Esa manera de enseñar es del Jurásico y además un auténtico tostón para muchos!» Pero que sean algo tradicional o que aburran a más de uno no son razones demasiado acertadas para fulminarlas. La música de Mozart también es tradicional y no divierte a todo el

mundo, ni tan siquiera a la mayoría, y a nadie con un mínimo sentido común se le ocurriría decir que esa música ya no merece la pena ser escuchada.

Bien, se puede mirar si la formación universitaria responde a lo que hoy y mayoritariamente se piensa sobre ella. Así las cosas, si ahora se cree que esa formación debe tener una hechura  $x$ , sea la que sea, no hay más que valorar si nuestras universidades se amoldan a ella o andan absolutamente desorientadas. Esta manera de concebir la formación universitaria nos tiene preocupados y ocupados a la gran mayoría: primero, porque no deseamos perder de vista esa  $x$  que, aunque a veces no sabe estar quieta y no se deja definir con sencillas palabras, señala lo que hay que hacer y lo que se debe evitar; y segundo, porque no queremos dejar de evaluar, medir, calcular, calibrar, rubricar y hasta casi cronometrar si la formación universitaria actual cumple con lo que dice esa  $x$  que lleva en el banderín. Es lógico entender que el momento en el que se vive, cualesquiera y comoquiera que sea, es el que anuncia la formación universitaria que requerimos, o si se prefiere, que la coyuntura en la que nos encontramos marca los pasos de dicha formación.

No hay que perder tiempo mirando atrás o recordando tiempos pasados. Viene como anillo al dedo el pensamiento del estadounidense Henry Ford, quien fuera considerado el padre de las cadenas de producción modernas y la fabricación en masa. Se expresaba el señor Ford con claridad meridiana: «La historia es, más o menos, una simpleza. No queremos tradición. Queremos vivir en el presente y la única historia que tiene algún valor es la que nosotros hacemos». Abramos un pequeño y curioso paréntesis. No se sabe si aconsejaba tal filosofía de vida a sus familiares, vecinos, empleados, clientes o *urbi et orbi*, lo que parece claro es que él mismo no se la aplicaba demasiado. Por lo visto, quien ideó hacer coches como churros quedó fascinado, cuando tenía diez años, al ver una máquina de vapor que había montado un operador llamado Fred Reden. El propio Ford afirmó que esa máquina le «enseñó que era por instinto un ingeniero». La primera máquina de vapor, la eolípila, es un artilugio inventado en el siglo I d. C.

por Herón de Alejandría; quizá el señor Ford detestaba la tradición, pero tuvo que servirse de ella para convertirse en una referencia mundial de la ingeniería. Se cierra el paréntesis.

La formación universitaria que se conforma según señala el momento en el que se vive tiene cosas positivas: es dinámica y vigorosa, de carácter entusiasta, y está situada ante un escaparate de oportunidades. Sin embargo, esta manera de encarar el asunto nos pone en un auténtico aprieto: la palabra de la universidad queda silenciada, esa ancestral voz solo puede susurrar. Aquello que debería ser un diálogo se convierte en un monólogo que le dice a la universidad qué se piensa de ella aquí y ahora para que actúe en consecuencia. Por extraño que parezca a algunos, la universidad también sabe hablar y tiene algo que decir sobre la formación que ofrece. Además, estamos ante una institución que cuando se expresa no se contenta con hacer lo que se le dice que tiene que hacer, si entiende que eso conlleva renunciar a su pasado, a sus razones de ser. La universidad no sabe vivir a toque de corneta, es más rebelde de lo que se suele pensar, se altera cuando no le dejan hablar, se remueve ante aquellos que quieren algo de ella sin contar con ella, mucho más ante quienes quieren convertirla en algo así como un robot de cocina que elabora cualquier formación que se le plantee o una máquina expendedora de títulos académicos.

Hay otro modo de conocer la formación universitaria que no haría demasiada gracia a Henry Ford y a sus acólitos. Es una manera de proceder que está en las antípodas de la anterior, y podría relacionarse con unas preciosas palabras del magnífico intelectual romano Marco Tulio Cicerón. Aquí no se reniega de la tradición, todo lo contrario, se considera que no se puede avanzar sin ella, no se concibe la historia como una simpleza, al revés, se entiende como una riqueza. La historia, la tradición, el pasado, el ayer, como se quiera llamar, es «testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, testigo de la antigüedad». La tradición de la universidad resulta imprescindible para poder conocer y reconocer a tan digna institución, para valorar qué es lo que de ella queremos conservar porque vale la pena



protegerlo y resguardarlo. Por supuesto que no se trata de volver a la universidad de la Edad Media que daba sus primeros pasos, ni a la conocida como segunda época de dicha institución, que va del siglo xv al xviii, o a la moderna universidad impulsada por Wilhelm von Humboldt. Nada de eso.

De lo que se trata es de incorporar la tradición al debate sobre las circunstancias en las que la universidad actual se encuentra y ante las que debe mantener la cabeza a flote. Por decirlo de otra manera quizá más poética, se trata de no olvidarse de la Bolonia del siglo xii, y todo lo que vino después, cuando se habla de la Bolonia del siglo xxi, de hacerlo nos perdemos una parte importante de la película universitaria, quizá sus mejores escenas. Sirva de ejemplo la siguiente reflexión, por no decir lamento: «En otro tiempo, [...] había más lecciones y discusiones y más interés en las cosas del saber. Sin embargo, ahora [...] las lecciones y discusiones se han hecho menos frecuentes; todo se hace apresuradamente, se aprende poco, y el tiempo necesario para el estudiante se malgasta en reuniones».<sup>1</sup> Esta queja podría atribuirse a no pocos profesores de hoy que consideran que la *reunionitis*, la acción de reunirse indiscriminadamente, incluso para hablar de nada en concreto, solo por el mero hecho de reunirse, está afectando a cosas tan importantes para la formación universitaria como es prepararse las clases correctamente o atender a los estudiantes como merecen, que viene a ser lo mismo. Pues bien, tal descontento fue pronunciado por Philippus de Grevia, eminente canciller de la Universidad de París entre los años 1218 y 1236. Modificando un poco el refrán, se podría decir que en todas las épocas cuecen habas, y sin duda va bien saberlo para no tropezar eternamente con las mismas piedras. Hay muchísimos más ejemplos como el anterior.

Permanecer atentos a la historia de la universidad no sirve únicamente para estar informado, sino también para estar preparado, por eso es muy recomendable realizar una lectura atenta de alguno de los grandes tratados de la historia de la universidad.<sup>2</sup> Y es que en la tradición de la universidad hay hechos, situaciones, vivencias, explicaciones, etc., que completan el conocimiento de

dicha institución, y más importante si cabe, hay sugerencias para dignificar la formación universitaria, así como advertencias para no rebajarla. Debería servirnos de ejemplo la tropa de filósofos e intelectuales que han tratado de escudriñar el sentido y significado de dicha formación con un mínimo de seriedad. Sin miedo a equivocarnos, todos ellos, los de antaño y los de ahora, los de aquí y los de allá, han abrazado la tradición, ninguno de ellos entiende la formación universitaria como si nada hubiera pasado antes del momento en el que vive, ninguno de ellos la concibe como una seta que acaba de nacer bajo nuestros pies.

Ahora bien, hay que ser conscientes de algo importante. La historia de la universidad no es un relato perfectamente hilvanado, no es una narración detallada que no tiene pérdida. Como sucede con las grandes y maravillosas historias, es más bien una acumulación de sucesos abiertos a la interpretación del personal. Sí, la historia de la universidad y de la formación que allí ha venido sucediendo es una especie de persecución, una suerte de rastro de huellas y señales; y uno debe ser consciente de que quizá nunca llegue a encontrarlas todas o que se puede topar con algunas que no acabe de descifrar y comprender. En otras palabras, los datos de los que disponemos, especialmente sobre las primeras universidades, son como piezas de un puzle sin referencia que seguir, partes que encajan según sean las apreciaciones que se hagan.

La historia de la formación universitaria es una u otra dependiendo de quién la explica, según sea el lugar y el momento en el que se sitúa, conforme sean los intereses que se persigan o cuestiones por el estilo. Sin embargo, esa maravillosa imprecisión, esa misteriosa cronología, no quita que haya aspectos en torno a los cuales existe un acuerdo generalizado, ideas que quizá nos permitan valorar la formación universitaria con cierta seguridad, con aquella confianza con la que Genevieve Habert apreció la colocación de *El barco* de Henri Matisse. Decimos «quizá», porque aunque la cosa parece presentarse de una manera simple y cristalina, se complica sobremanera a poco que uno le hincó el diente. Tiempo suficiente tendremos de corroborarlo.

En este asunto, como en tantos otros, lo más sensato es empezar aclarando la palabra que tenemos entre las manos y tantas veces hemos pronunciado. Para ello, se antoja necesario acudir al latín, esa esplendorosa lengua que sirve para mucho.<sup>5</sup> Por supuesto, hay personas que defienden que no sirve para nada, y con ello demuestran tener un corazón sincero: ignoran esa lengua y, claro que sí, a ellas no les sirve para nada. Sin ánimo de ser exhaustivos, la palabra *universidad* proviene de *universitas*, un sustantivo que denota universalidad y que etimológicamente hablando significa «totalidad». En el Medioevo, época en la que germinan las primeras universidades, el término *universidad* se utiliza para referirse a cualquier comunidad que se agrupa en torno a algo, a un elemento concreto y determinado. Así, por ejemplo, todos aquellos que pertenecemos a la comunidad del género humano formamos la *universitas generis humanis*, y dentro de ese inmenso conjunto puede incluirse la comunidad de mercaderes, que es la *universitas mercatorum*, o la de ciudadanos de un lugar concreto, que es la *universitas civium* de tal sitio. Pues bien, lo que hoy conocemos como universidad era la *universitas magistrorum et scholarium*. Imaginemos..., para ser puristas deberíamos decir que hemos estudiado o que conocimos al amor de nuestra vida en la «corporación de maestros y escolares», no en la universidad y mucho menos en la *uni*; y a saber qué hubieran pensado las familias medievales si sus hijos les hubiesen anunciado sus intenciones de ir a la universidad, así, a secas. No sabrían si querían entrar en la corporación de mercaderes, cazadores de liebres o en la de maestros y estudiantes. En fin, una universidad *per se* no es más que una corporación de personas ¡o de otras cosas!, una *universitas oratoris*, por ejemplo, se refiere a la totalidad del discurso. Parece quedar claro que lo que distingue a una comunidad de otra es el fin, la intención que en último término se persigue en cada una de ellas.

Bien, ¿y para qué se reunirá entonces una comunidad de maestros y estudiantes, eso que ahora llamamos «universidad»? Esas almas se mueven por un motivo que se hunde en el tiempo, por una razón que no es exclusiva de la comunidad universitaria.

Se podría decir que la universidad tiene una prehistoria, y para encontrar una respuesta completa a esa pregunta que se plantea, se hace necesario que nos situemos antes, por ejemplo, mucho antes del 1088, 1150, 1167 o 1209, años en los que se fundan las universidades de Bolonia, París, Oxford y Cambridge, respectivamente. Nos referimos a intentos, aportaciones, sugerencias, migas en el camino, hebras que van conformando algo grande y esplendoroso. Por señalar algunos antecedentes paradigmáticos: en el año 600 a. C., Tales de Mileto, miembro sobresaliente de la Escuela Jónica, hacía algo de universidad con las matemáticas que él mismo había recuperado del conocimiento empírico de los sacerdotes griegos; Euclides (300 a. C.) hizo en Alejandría tres cuartas partes de lo mismo con la geometría; en Grecia, principalmente Sócrates, Platón y Aristóteles, organizaron quizá las primeras facultades de filosofía, Quintiliano, con su *Institutio Oratoria*, monta otra de pedagogía; recién iniciado el siglo VI, Casiodoro impulsó lo que para muchos representa el primer esbozo de las futuras y primigenias universidades en torno a las artes, las letras y la medicina; Carlomagno, con la inestimable ayuda de Alcuino, establece un programa de dos ciclos de estudios, el *Trivium* y el *Quadrivium*, algo así como un grado y un máster; y no se debe olvidar la labor de las escuelas catedralicias, las episcopales y las municipales. En fin, la lista de ejemplos podría alargarse una barbaridad.

De momento, podríamos responder a la pregunta planteada diciendo que una comunidad de maestros y estudiantes se reúnen para buscar conocimientos. Hay quien dice que se agrupan para buscar la verdad: *veritas* es la palabra que aparece escrita en el escudo de la Universidad de Harvard. Pero aparquemos de momento esa peliaguda apreciación por claro que lo tenga aquella ejemplar comunidad de maestros y estudiantes de la ciudad norteamericana de Cambridge. Eso de la *verdad* tiene su historia, y la delicada situación en la que se encuentra hoy en día merece un libro aparte.<sup>4</sup> Volviendo al hilo de la cuestión, se está hablando de una comunidad de personas que se dedica a indagar, rastrear o *investigar*, verbo este último típicamente universitario. Se está

mencionando a individuos que no se conforman con lo que tienen, personas que no se contentan con callar y otorgar, gentes atrevidas y valerosas que más que acomodarse a la realidad de las cosas quieren conocer cómo son las cosas en realidad. Reluce en la comunidad universitaria una condición humana de primer orden y de una potencia ilimitada, nos referimos a la de intentar y probar, a la de tantear y aspirar a algo mejor. Dicho sea de paso, resulta dramático entrar en una universidad y asistir al velatorio de esa condición, ver a personas que ya no sondean ni exploran, que ya no disfrutan desmontando ideas y desarmando utensilios, que se conforman con copiar y pegar, recibir y reenviar, colgar y bajar.

Ahora bien, ¿qué conocimiento es ese?, ¿qué usos son los que se les puede dar?, ¿cómo se organizan profesores y estudiantes para cumplir con el cometido típicamente universitario del que se está hablando? Se anunciaba un poco más arriba que el asunto de la formación universitaria se complica a poco que uno le hinque el diente, y aquí tenemos la prueba, ya podemos intuir cómo se complica la película desde el primer minuto. Hay una gran diversidad de respuestas lógicas y razonables a estas preguntas que ahora se plantean. Un profesor que organiza sus clases a partir de la lectura de uno de esos libros gordos, acartonados y que no pasan de moda tiene argumentos para decir que ennoblece la formación universitaria, igual que los tiene otra profesora que confía más en los poderes formativos de internet. Un estudiante que considera que la universidad es como un trampolín para alcanzar determinadas metas profesionales no va descaminado, tampoco quien la concibe como un tren sin destino, con parada en ningún lugar en concreto. Un plan de estudios perfectamente diseñado y planificado puede tener tanto sentido como otro abierto a las improvisaciones y que no disponga de tanta ingeniería psicopedagógica.

De ahora en adelante, vamos a tratar los dos principales planteamientos sobre la formación universitaria que, por lo menos desde nuestro punto de vista, reúnen a todos los demás; vamos a ver esas distinguidas formas de buscar conocimientos –¡«verda-

des», dirían nuestros colegas de la Universidad de Harvard!-. No estamos en contra de ninguno de esos planteamientos y comulgamos con los dos, eso sí, lo que no nos acaba de convencer y nos tiene muy preocupados es la relación que mantienen entre sí. Pero no adelantemos acontecimientos, vayamos paso a paso y empecemos por presentarlos.